

Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo C2025

Las lecturas de esta Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor establecen un estrecho vínculo entre la Eucaristía y la vida, entre el pan que es Cristo y el pan que nutre el cuerpo. La primera lectura recuerda el encuentro entre Abraham y Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. En aquel momento, cuando Abraham regresó de la batalla, Melquisedec salió a su encuentro y ofreció el pan y el vino a Dios en agradecimiento por su victoria sobre sus enemigos. Tras recibir una bendición, Abraham dio a Melquisedec la décima parte de todo lo que obtuvo en la batalla.

El nombre de Melquisedec significa «rey de la justicia». Por ser rey de Salem, que significa paz, su nombre también significa «rey de la paz». No hay registro de sus padres ni de sus antepasados; no hay registro de su nacimiento ni de su muerte. Es como el Hijo de Dios; permanece sacerdote para siempre (Hebreos 7, 1-3). Por su misterioso origen y la particularidad de su sacerdocio, Melquisedec es visto como la prefiguración de Cristo y de los sacerdotes de la nueva Alianza que ofrecen pan y vino en el altar en obediencia a la recomendación de Cristo.

San Pablo dice que la Eucaristía es la conmemoración de la última cena que nuestro Señor tuvo con sus discípulos. Es una perpetuación en el tiempo del sacrificio de la cruz por el cual nuestro Señor entregó su vida por nuestra salvación. «La noche en que fue entregado, Jesús tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía”. De la misma manera, tomó el cáliz, diciendo: “Esta cáliz es la nueva alianza que se sella con mi sangre”. Hagan esto en memoria mía siempre que beban de él», dice San Pablo.

Al dar el pan y la copa de vino a sus discípulos, nuestro Señor no dijo: «Este es mi pan y mi vino», sino: «Este es mi cuerpo»... «Esta es mi sangre». Así, el pan y el vino eucarísticos que recibimos en el altar son el sacrificio incruento de la inmolación que nuestro Señor realizó, de una vez por todas, en la cruz. Su cuerpo y su sangre, presentes en el altar bajo los signos del pan y el vino, significan la inmolación total de su vida por la salvación del mundo. Por eso, como dijo San Pablo: «Cada vez que comemos este pan y bebemos este cáliz, proclamamos la muerte del Señor hasta que venga».

Cuando el pan y el vino se consagran durante la celebración de la Santa Eucaristía, se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. Cada vez que el pan y el vino son consagrados por un ministro ordenado, según el orden presbiteral de Melquisedec y con las palabras que Jesús quiso que se usaran, son transformados por el poder del Espíritu Santo en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Porque Cristo es “el mismo hoy, como ayer y como mañana” (Hebreos 13:8), su entrega en la Eucaristía es continua en todos los tiempos y épocas; es perpetua para todas las generaciones. Dondequiera y cuandoquiera que se celebre la Eucaristía en memoria de nuestro Señor, Cristo ofrece su cuerpo y su sangre para dar vida al mundo, como lo hizo hace dos mil años.

Otro aspecto de la Eucaristía que encontramos en el Evangelio de hoy es el alimento de la vida. De hecho, al referirse, en esta fiesta del Corpus Christi, al milagro de la multiplicación de los cinco panes y los dos peces que Jesús realizó para alimentar a cinco mil personas, Lucas quiere decirnos que en la Eucaristía somos alimentados por el Señor, quien nos da su cuerpo y su sangre como alimento. En la Eucaristía, el Señor Jesús nos alimenta, nos fortalece y nos da energía para que sigamos adelante en nuestra peregrinación terrenal. El hambre física necesita alimento físico, pero el hambre espiritual solo necesita ser saciada por El pan que sale de la mano del Hijo de Dios.

Al describir la escena de la multiplicación de los panes con las palabras que usamos para la consagración de la Eucaristía, Lucas sitúa la Eucaristía en el centro de la vida cristiana. En nuestro camino por el desierto de la vida, nos encontramos necesitados. El Señor está ahí presente; viene a nosotros con su cuidado y amor, alimentándonos con «el pan de vida y el cáliz de la salvación eterna».

Comer y beber en la mesa de la Eucaristía es recibir a Cristo y estar unidos a él. Pero así como el amor de Dios es inseparable del amor al prójimo, también significa que no podemos estar unidos a nuestro Señor sin estar en comunión unos con otros. Por eso, la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo nos recuerda la importancia de la comunidad. No podemos comer en la misma mesa y, al mismo tiempo, mantener divisiones, rencores y odios. Es del pan compartido que brota nuestra unidad.

Como discípulos de nuestro Señor, ¿qué hacen para fomentar la unidad en nuestra comunidad parroquial? Si el Señor nos nutre mientras estamos en su mesa, ¿cómo podemos recibir la Eucaristía sin pensar en los pobres y necesitados que no tienen pan material? Esta pregunta es importante; surge del hecho de que el pan que nuestro Señor multiplicó para alimentar a la gente fue lo que algunos entre la multitud le trajeron. En otras palabras, la Eucaristía nos impulsa a la solidaridad, a compartir con quienes no tienen nada.

Recordemos que, aunque nuestro país es una sociedad de abundancia, muchas personas tienen hambre y sed de amistad, amor, perdón, comprensión y respeto. Donde sufrimos ausencia, nuestro Señor quiere estar presente con la misma solicitud de un amigo por su amigo. Quiere compartir su vida con nosotros y fortalecernos. Quiere significar algo para ti y para mí. ¿Te gustaría abrirle tu corazón y hacer posible la comunión con él? ¡Que Dios te bendiga!

(Extracto de mi homilía de 2007 en la festividad del Corpus Christi)

Génisis 14: 18-20; 1 Corintios 11: 23-26; Lucas 9: 11b-17



Fecha de la Homilía: el 22 de Junio, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250622homilia.pdf